

## CAPITULO III

## LA ESENCIA RELIGIOSA. X

45. El alma humana y sus límites; el conjunto de las humanas experiencias hasta el día de hoy; la altura, profundidad y distancia de tales experiencias; toda la historia del alma; todas sus posibilidades aún inexploradas: he aquí el verdadero terreno predestinado á un psicólogo que ama la «caza grande». Pero ¡cuántas veces debe exclamar desalentado: «estoy sólo, ¡ay de mí! ¡en esta gran selva, en este bosque virgen!» Y en vano busca un centenar de compañeros y de perros amaestrados para cobrar la caza del gran bosque, los hechos del alma. Cada vez ve mejor y con más amargo desengaño, cuán difícil es hallar tales compañeros y tales podencos. El inconveniente de mandar á los doctos que cacen en terrenos inexplorados y peligrosos, donde se necesita valor, prudencia y firmeza, consiste en que resultan inservibles cuando comienza la caza «grande» y el mayor peligro: porque entonces pierden lo certero de la vista y la firmeza del olfato. Así por ejemplo, para adivinar y hacer constar cuánta parte de historia haya tenido hasta ahora el problema de la «ciencia y de la conciencia» en el alma de los «*homines religiosi*», sería necesario que el investigador fuese tan profundo, tan herido, tan desmesurado, como lo fué la conciencia intelectual de un Pascal; y luego, sería menester aquel amplio cielo de espiritualismo sereno y maligno

para poder mirar, de alto en bajo, el maremagnum de acontecimientos peligrosos y dolorosos y para ordenarlos y restringirlos en fórmulas. Pero ¿quién podría hacerme tal servicio? y ¿quién podría estar aguardando á tales servidores? Son evidentemente muy raros, y es harto inverosímil que los haya en todos los tiempos. Menester es, por tanto, hacerlo todo uno mismo, si quiere saber algo: pero esto es un trabajo enorme. Sin embargo, una curiosidad como la mía, será uno de los vicios más encantadores, ¡pido perdón! Quería decir que el amor de la verdad obtiene su galardón así en la tierra como en el cielo.

La fe, como la requería y la obtenía el cristianismo primitivo, en medio de un mundo escéptico y meridionalmente liberal, que dejaba detrás de sí una lucha diez veces secular de escuelas filosóficas, y que estaba educado para la tolerancia, para la gran tolerancia del «*imperium romanum*», no era ya la fe ingenua y rústica de un Lutero ó de un Cromwell, ó de cualquier otro espíritu bárbaro del Norte; acercábase más á la fe de Pascal, y se asemeja á un horrible suicidio lento de la razón, de la razón debilitada por una decrepita longevidad, y que no se dejaba matar de un solo golpe. La fe cristiana ya desde sus comienzos es un sacrificio: sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda independencia del espíritu, y al mismo tiempo conservaban el ultraje de sí mismos, la mutilación de sí mismos. Necesario fué una gran crueldad, un *fenicismo* religioso, para imponer á una conciencia muelle, múltiple y viciada una fe que parte de esta suposición: que la sumisión del espíritu lleva consigo un *dolor* indescriptible; que todo el pasado y todas las hábitos del espíritu se revelan contra el «*absurdissimum*» que se predica.

Los hombres modernos, con su indiferencia por la nomenclatura cristiana, no sienten lo superlativamente horrible que para el gusto de los antiguos se encerraba en aquella fórmula paradójica de «Dios en la cruz». Mas es cierto que nunca hubo tal osadía para invertir los temas; nunca hubo fórmula tan terrible, tan interrogativa y tan discutible; prometía una revolución radical de todos los valores antiguos. Era que el Oriente, el profundo Oriente, el esclavo oriental se vengaba de Roma y de su tolerancia aristocrática y frívola; se burlaba del «catolicismo» romano de la incredulidad; no fué la fe, sino la libertad de la fe, y la indiferencia estoica y sonriente contra la seriedad de la fe, lo que suscitó la ira de los esclavos contra sus dueños y los movió á revelarse. Provocó su indignación el «liberalismo», porque el esclavo no quiere más que lo incondicionado, no comprende más que lo tiránico, en la moral como en todo; ama y odia sin gradación, hasta la profundidad, hasta el dolor, hasta la enfermedad; toda su gran miseria *atesorada* se revela contra el gusto aristocrático, que parece *negar* el dolor. El escepticismo ante el dolor, la moral aristocrática, contribuyó no poco á la última gran insurrección de esclavos que comenzó con la revolución francesa.

47. Dondequiera que hasta hoy se ha manifestado la neurosis religiosa, hallámosla unida á tres peligrosas prescripcipnes dietéticas: soledad, ayuno y abstinencia sexual; pero no se puede establecer con certeza, cuál sea la causa y cuál el efecto, ni si existe aquí relación de causa y efecto. A tal duda nos da derecho la circunstancia de que entre los síntomas que suelen acompañar á esta enfermedad, tanto en los

pueblos salvajes como en los civilizados, se halla siempre una imprevista y desenfrenada liviandad, que luego con la misma celeridad se convierte en fanatismo de contrición, en renuncia del mundo y de la voluntad; ¿habrá que buscar la explicación en una epilepsia enmascarada? Mas en este caso, con mayor razón que en ningún otro, conviene precaverse contra el prurito de definir; porque en derredor de ningún otro tipo pulularon con tanta lozanía la superstición y el absurdo, ningún otro tipo interesó tanto á los hombres y á los filósofos. Conviene, pues, mostrarse aquí más serenos, más circunspectos; y quizá, apartar las miradas y alejarnos. Aun en la filosofía más reciente, en la «*schopenhaueriana*», hallamos como problema esencial esta horrible pregunta de la crisis religiosa. ¿Cómo es *posible* la negación de la voluntad? ¿Cómo es posible el santo? Tal parece ser la pregunta que hizo filósofo á Schopenhauer, y de la cual parte su filosofía. Y por una consecuencia netamente *schopenhaueriana*, su discípulo más fiel (y quizá el último, á lo menos en Alemania), Ricardo Wagner, coronó la obra de su propia vida presentándonos aquel tipo terrible y eterno de Kunbry, tipo *vivido* en carne y hueso; precisamente cuando todos los alienistas de Europa tenían ocasión de estudiar de cerca la neurosis religiosa, ó como yo digo la *esencia religiosa*, en su última irrupción epidémica con el «*ejército de la salvación*». Pero si nos preguntamos qué es lo que á los hombres de todas las condiciones y de todos los tiempos pudo parecer tan inmensamente interesante en este fenómeno de la santificación, debemos creer que fué sin duda la apariencia del milagro unido á la misma, aquella sucesión inmediata de contraste, de estados del alma, estimados como moralmente opues-

tos: creíase tocar con la mano la transformación de un hombre «pecador» en bueno y «santo».

La psicología naufragaba en este escollo: ¿sería tal vez por estar puesta bajo el dominio de la moral y por *creer* ella misma en los contrastes de valores morales que entreveía, leía é interpretaba en el texto y en los hechos? ¿Pero cómo? ¿No sería el milagro más que un error de interpretación, un defecto de filología?

48. Parece que las razas latinas sienten con más fuerza su catolicismo, que nosotros los del Norte el cristianismo; y, por consiguiente, la incredulidad en los países católicos debe significar algo diferente que en los países protestantes, porque allí equivale á una especie de rebelión contra el espíritu de raza, mientras que en nosotros denota más bien un retorno al espíritu (ó á la falta de espíritu) de nuestra raza. Nosotros los del Norte, venimos, indudablemente, de razas bárbaras, aun por lo que concierne al talento religioso, del cual no estamos bien dotados. Exceptuándose los celtas, los cuales, por esto mismo, fueron el mejor terreno para la propagación de la infección cristiana en los países del Norte: en Francia, el ideal cristiano, en cuanto lo consentía el pálido sol del Norte, llegó á su máximo desarrollo. ¡Cuán extrañamente piadosos nos parecen los últimos escépticos franceses! ¡Cuán católica y antialemana nos parece la sociología de Augusto Conte con su romana lógica de los instintos! ¡Cuánto olor de jesuitismo hay en el amable y prudente *cicerone* de Port-Royal, Sainte-Beuve, con toda su aversión á los jesuitas! ¿Y qué me decís de Ernesto Renán? ¡Cuán inaccesible es para nosotros los del Norte el lenguaje de un Renán, en el

cual hay siempre un principio de tensión religiosa que hace perder el equilibrio á su alma, finamente voluptuosa y muelle! Una respuesta maligna é impertinente preséntase á nuestra alma menos bella, más ruda, más alemana, cuando leemos en él las siguientes hermosas frases:—«La religión es el producto del hombre normal: el hombre está más en la verdad cuando es más religioso y más confiado en su infinito destino... Cuando es bueno, entonces quiere que la virtud corresponda á un orden eterno: cuando mira las cosas desinteresadamente, entonces encuentra absurda la muerte. ¿Cómo no suponer que entonces el hombre ve con más claridad?»

...El sonido de estas frases es tan antípoda de mis oídos y de mis hábitos, que cuando lo leí por vez primera, escribí al margen: «*La niaiserie religieuse par excellence.*» Mas, por fin, han concluido por serme gratas estas palabras que ponen cabeza á bajo á la verdad. ¡Es tan exquisito y tan honroso el tener antípodas!

49. Lo que más nos admira en la religiosidad de los antiguos griegos, es la exuberancia de gratitud que respira: el hombre que ocupa tal posición ante la naturaleza y ante la vida, pertenece en verdad á una especie muy aristocrática. Más tarde, cuando la plebe obtuvo en Grecia la supremacía, el *temor* invadió también la religión y fué preparándose el terreno para el cristianismo.

50. ¡El amor de Dios! Hay el amor rústicamente sincero é indiscreto de Lutero (el protestantismo carece de la «delicadeza» meridional). Hay el éxtasis oriental del esclavo favorecido y exaltado sin méritos; por ejemplo, en San Agustín, en el cual nos ofen-

de la falta de actitudes y apetitos aristocráticos. Hay la delicadeza y la concupiscencia femenil, que, pudorosa é ignorante, aspira á una unión mística y física, como en madama de Guyón. En muchos casos se revela una transformación de la pubertad; en otros se esconde el histerismo de la última ambición de una vieja. En semejantes casos canonizó la Iglesia á la mujer.

51. Hasta el día de hoy, los hombres más poderosos se inclinaron respetuosamente ante el santo, como ante el enigma de la sumisión, de la privación voluntaria. ¿Y por qué se inclinaron? Porque presentían en ellos—ó más bien en la incógnita de su aspecto mezquino y miserable—la fuerza superior que se fortalecía y templaba con tal victoria sobre sí mismo, la fuerza de la voluntad en la cual reconocían y honraban su propia fuerza, sus propios deseos de dominar; cuando veneraban al santo, se veneraban á sí mismos. Por otra parte, la vista del santo les inspiraba una sospecha; decíanse: una tal monstruosidad de negación, tan contraria á la naturaleza, no será deseada y querida sin algún fin; quizá haya en esto un motivo, un peligro, un gran peligro, que es revelado al asceta. Y los poderosos de la tierra presintieron un nuevo temor, una fuerza nueva, un enemigo desconocido é invencible: «la voluntad de dominar» fué lo que les obligó á detenerse ante el santo. Tenían que preguntarle...

52. En el «Antiguo Testamento judío», que es el libro de la justicia divina, los personajes, las cosas, los discursos, todo, es de un estilo tan grandioso, que nada semejante hallamos en la literatura griega ni en

la india. Nos detenemos sobrecogidos de terror y de veneración al vislumbrar lo que ya fué el hombre; y comparando al Asia con su pequeña península Europa, la cual pretende simbolizar el «progreso de la humanidad», nos asaltan pensamientos poco gratos. Ciertamente, el que de suyo no es más que un débil animal doméstico, cuyas necesidades son precisamente de un animal doméstico (como son los hombres cultos de hoy, sin exceptuar los cristianos cultos), no saben ni maravillarse ni entristecerse delante de aquellas venerables ruinas. El gusto que hallan en el «Antiguo Testamento» es la piedra de parangón entre el grande y el pequeño. Y quizá el «hombre culto» de hoy halla más de su gusto el «Nuevo Testamento», el libro de la gracia, que exhala el olor dulzaino y santurrón de las almas minúsculas. El haber encolado el Nuevo Testamento al Antiguo, para formar la «Biblia», el «libro» por excelencia, es tal vez la mayor temeridad, el mayor «pecado contra el espíritu» que tiene sobre su conciencia la Europa literaria.

53. ¿Por qué hoy el ateísmo? el «padre» en Dios ya fué refutado, también el «juez» «el remunerador». También «su libre albedrío»; él no «oye» y aunque oyera no podría ayudarnos. Y lo peor es que parece incapaz de explicarse claramente: ¿por ventura es obscuro? Todo lo que yo he podido aprender, con muchos discursos, preguntando y escuchando acá y allá, acerca de las causas de la decadencia del teísmo en Europa, es que el instinto religioso se va aumentando poderosamente, pero que rechaza desconfiado la resignación teística.

54. ¿Qué hace toda la filosofía moderna? De Des-

cartes acá—más bien por oposición contra él que sobre la base de su método—todos los filósofos atentan contra el antiguo concepto del alma bajo la apariencia de criticar el concepto del sujeto y del predicado; es decir, atentan contra la suposición fundamental de la doctrina cristiana. Siendo la filosofía moderna una crítica del conocimiento, es secretamente ó abiertamente *anticristiana*, por más que no sea en manera alguna antireligiosa. En otro tiempo se creía en el «*alma*» como se creía en la gramática y en el sujeto gramatical; se decía: *yo* es la conciencia, *pienso* es el predicado y lo condicionado; el pensar es una actividad para la cual hay que imaginar un sujeto como causa. Después se intentó, con admirable tenacidad y astucia, salir de esta red; se pensó que quizá lo contrario era la verdad; que quizá *pienso* fuese la condición y *yo* lo condicionado, y sería, por tanto, el *yo* una síntesis producida por el pensar mismo, y Kant quiso probar que, partiendo del sujeto, no puede demostrarse el sujeto, y menos el objeto. La posibilidad de una «existencia aparente» de solo el sujeto, y, por tanto, del «*alma*», parece que no es nueva, sino que ya esta idea en la filosofía de los Vedas ejerció sobre la tierra un poder inmenso.

55. Existe una gran escala de la crueldad religiosa con muchos grados, entre los cuales tres son los más importantes. En otro tiempo se sacrificaban á Dios los hombres más amados; á esta categoría pertenecen el sacrificio de las primicias, común á todas las religiones prehistóricas, y también el sacrificio del emperador Tiberio en la gruta de Mitra, en la isla de Cáprea, que fué el más horrible de todos los anacronismos romanos. Después, durante la época moral de

la humanidad, se sacrificó á Dios los instintos más poderosos, la propia «Naturaleza»; la alegría de tales sacrificios brilla en la mirada cruel del asceta, del fanático «*contra naturam*». ¿Qué cosa quedaba, finalmente, por sacrificar? ¿No debía llegarse hasta el punto de sacrificar todo lo que hay de consolador, de sagrado, de salutar; hasta el punto de sacrificar la esperanza y la fe en una secreta armonía en la bienaventuranza y justicia eternas? ¿No se debió sacrificar á Dios mismo, y adorar las piedras, la estupidez, la fuerza de gravedad, el destino, la nada?

Sacrificar á Dios en aras de la nada; este paradójico misterio de una extrema crueldad, fué reservado para la generación que viene, y todos nosotros estamos en el secreto.

56. Quien como yo dedicó largo tiempo al estudio del pesimismo y á librarlo de la estrechez é ingenuidad semicristiana, semigermánica con que en este siglo se ha presentado la última vez, bajo la forma de la filosofía de Schopenhauer; quien ha mirado con ojo asiático é hiperasiático hasta el fondo de aquella filosofía, que es la más completa negación del mundo—más allá del bien y del mal, y no como Budha y Schopenhauer, dentro de la absurda tapia de la moral;—éste, sin quererlo, abrió los ojos al ideal contrario, al ideal del hombre más orgulloso y más exuberante de vida y más afirmador del mundo, el cual, no solamente sabe contentarse y resignarse con lo que era y con lo que es, sino que quiere de nuevo todo esto mismo y está gritando sin cesar «¡que se repita!», no sólo á sí mismo, sino á todo el espectáculo, y no sólo al espectáculo, sino á aquel á quien es necesario el espectáculo y por quien es necesario; porque siempre es nece-

sario á sí mismo y á sí mismo se hace necesario. ¿Y cómo? ¿Y no sería esto *circulus vitiosus Deus*?

57. Al crecer la vista espiritual y la inteligencia del hombre, crecen en derredor suyo las distancias y los espacios; el mundo aumenta su profundidad; en el horizonte aparecen nuevos astros, nuevos problemas, nuevas soluciones. Quizá todo lo que antes había visto no era sino una gimnasia de sus ojos, un juguete de niños; quizá algún día los conceptos más elevados, por los cuales tanto se ha luchado y sufrido, «Dios» y el «pecado», no tendrán para nosotros más importancia que la que conceda un anciano á los juguetes y dolores de la infancia, y quizá entonces el «hombre anciano» sentirá la necesidad de otros juguetes, de otros dolores; ¡siempre niño, niño siempre!

58. ¿Se ha observado que la vida estrechamente religiosa, y el examen de la conciencia al microscopio, y el estado de tierna apatía que se llama «oración» y que es una expectación de la «venida de Dios», requieren necesariamente el ocio completo ó parcial, el *dolze far niente*, de buena fe, hereditario, inoculado en la sangre, que guarda estrechas relaciones con el sentimiento aristocrático de que el trabajo *deshonra*, es decir, que envilece el cuerpo, y el alma? ¿Se ha observado, por consiguiente, que la laboriosidad moderna, ruidosa, avara del tiempo, soberbia, neciamente soberbia, es lo que más allana el camino á la incredulidad? Por ejemplo, entre aquellos que actualmente viven apartados de la religión en Alemania, hallo muchas gradaciones del «librepensamiento»; pero son en mayor número aquellos en los cuales la laboriosidad, aumentada de generación en generación, apagó todos

sus instintos religiosos: éstos ya no saben para qué sirven las religiones y toman nota de su existencia con una especie de estupor apático. Se sienten ya muy ocupados, aquellos valientes, con sus negocios, con sus placeres, sin contar la «patria» los «diarios y los deberes de familia»; y hasta parece que no hallan tiempo para la religión y que ni siquiera saben si ésta les ofrece un nuevo quehacer ó un nuevo pasatiempo, ya que no juzgarían posible que se vaya á la iglesia únicamente para perder el buen humor. No son enemigos de los ritos religiosos, y si en ciertos casos se ven obligados á tomar parte en ellos, por ejemplo, en alguna fiesta oficial, asisten con modesta y paciente gravedad, sin deseo y sin disgusto; viven demasiado apartados de estas cosas para que hallen una razón en pro ó en contra. Así son, hoy día, la mayor parte de los protestantes de las clases medias, particularmente en los grandes centros del trabajo, del comercio y de la navegación: también son así la mayor parte de los doctos laboriosos y todos los que viven en las Universidades (excepto los teólogos, que son para el psicólogo un enigma). Rara vez comprenden los hombres religiosos ó eclesiásticos *cuánta* buena voluntad se requiere hoy para que un literato alemán tome en serio el problema de la religión; solamente su profesión, es decir, su laboriosidad profesional, le hace propender á una indiferencia serena, bonachona é indulgente para con las religiones, á la cual se mezcla tal vez un ligero menosprecio de aquel «desaseo» de espíritu que se presupone en todo el que profesa una religión. Sólo con la ayuda de la historia, ya que no por propia experiencia, logra conservar el docto cierta respetuosa seriedad y cierto miramiento para con las religiones; pero aun cuando llegase á estarles agrade-

cido, no por eso se acercará ni un paso á lo que se llama iglesia ó sociedad religiosa, antes al contrario. La indiferencia práctica en materia de religión, llega en él á convertirse en una especie de pulcritud que rehuye todo roce con personas y cosas religiosas; y puede acontecer que la profundidad de su tolerancia y de su humanismo le permita evitar la delicada crisis que trae consigo la tolerancia misma. Toda época tiene alguna ingenuidad propia y divina que la envían las épocas posteriores; y cuánta dosis de ingenuidad infantil y ridícula hay en la fe que el docto tiene de su propia superioridad, en la conciencia de su propia tolerancia, en la seguridad sencilla y sincera que permite á su instinto considerar al hombre religioso como un tipo de valor inferior, del cual él se ha librado y elevado; él, enano presuntuoso y plebeyo; él, incansable trabajador en el campo de las «ideas», de las «ideas modernas».

59. Todo el que mire hondo en el mundo, fácilmente adivina cuánta sabiduría se contiene en el hecho de ser superficiales los hombres. El instinto de conservación los enseña á ser ligeros, volubles y falsos. Hállase una adoración apasionada y exagerada de las «formas puras», así en los filósofos como en los artistas; mas está fuera de duda, que quien adora de tal modo la superficie, ha hecho algunas tentativas infructuosas por debajo de la misma. Quizá puedan señalarse grados entre aquellas cabezas ardientes, artistas de vocación, los cuales no hallan goce mayor que falsear la imagen de la vida, como si quisieran vengarse de ella; su fastidio de la vida está en proporción de su afición á falsearla, á desvirtuarla, á diluirla, á generalizarla, á divinizarla, y al grado más elevado

pertenecen los «hombres religiosos». El miedo íntimo y suspicaz, fruto de un pesimismo incurable, obliga á la humanidad, por millares de años, á darse una interpretación religiosa de la existencia; es el miedo instintivo que presiente que la verdad podría ser conquistada mucho antes de que el hombre haya adquirido fuerzas y arte para soportarlo... Considerada desde este punto de vista, la piedad, la «vida divina», aparece como el último y más refinado engendro del miedo, que recula delante de la verdad; y la adoración y embriaguez del artista, como la más consecuente de todas las falsificaciones, la voluntad de invertir lo verdadero, la voluntad del error.

Quizá nunca hubo medio más poderoso que la piedad religiosa para embellecer al hombre; gracias á ella el hombre puede adquirir tanto arte, superficialidad, variación de colores y bondad, que su aspecto resulta soportable.

60. Amar á los hombres por «amor de Dios», es el sentimiento más fino, aristocrático y elevado de la humanidad.

Que amar al hombre sin un fin ulterior santificante, sea una estupidez más y una brutalidad; que la inclinación á amar á los hombres, deba tomar de una inclinación superior la medida, la finura, el grano de sal, el polvillo de ámbar; quien por vez primera probó tal sentimiento y vivió según él, por mucho que balbuceara su lengua para expresar un sentimiento tan delicado, merece ser venerado por nosotros eternamente, porque fué el hombre cuyo vuelo se elevó á mayor altura y que erró del modo más delicioso.

61. El filósofo, según le comprendemos nosotros,

espíritus libres; el hombre de la responsabilidad más amplia, que tiene la conciencia del desarrollo más completo del hombre, se servirá de las religiones como un medio de cultura y de educación, lo mismo que se sirve de las contingencias políticas y económicas. La influencia selectiva y educadora (ó sea, destructiva, creadora y plástica) que puede ejercerse por medio de las religiones, es varia y múltiple, según sean los hombres que se someten á su encanto, y en ellas buscan protección. Para los fuertes, para los independientes, preparados y predestinados al dominio, en los cuales se personifican el entendimiento y el arte de una raza dominante, la religión es uno de tantos medios para suprimir obstáculos, para reinar; es un vínculo que liga á gobernantes y súbditos, y que los liga en lo más íntimo y propio, en la conciencia; y si alguna vez ciertos caracteres aristócratas por una elevada espiritualidad propenden á una vida retirada y comtemplativa en la cual se reservan la forma más delicada del dominio (sobre los discípulos escogidos, sobre los hermanos de su orden), la religión puede ser empleada como un medio de procurarse la tranquilidad que huye del estrépito de la dominación *material* y como un medio de no contaminarse en el inevitable fango de la política. Bien comprendieron esto los brahmanes, dicho sea por ejemplo, con la ayuda de una organización religiosa; se aseguraron el derecho de elegir á los pueblos un rey, mientras ellos permanecían escondidos y apartados sabiendo que su oficio era superior al de los reyes. Pero en cambio, la religión prepara á los súbditos para su futura dominación, y las clases fuertes avanzan lentamente, gracias á esta vida reglada, gracias á la fuerza y deseo de la voluntad, que se temple en la dominación de sí mis-

ma: á estos les ofrece la religión una intelectualidad más elevada, una conciencia del dominio de sí mismos en el silencio y en la soledad; el ascetismo y el puritanismo son indispensables medios de educación y de perfeccionamiento para una raza que quiera triunfar de su origen plebeyo y elevarse á la dominación. En cuanto á los hombres vulgares, que son el mayor número y que existen únicamente para servir y ser útiles á la comunidad, y que sólo por esto tienen derecho á la existencia, la religión les hace estar contentos de su condición y les procura la paz del corazón, ennoblece su obediencia, les da fuerzas para dividir con sus prójimos las alegrías y las penas, y eleva y transfigura su monótona existencia, la bajeza y miseria de su alma semibestial. La religión y el significado de la vida son el rayo de sol que embellece la existencia de aquellos hombres atribulados y les hace soportable la vista de sí mismos é influye, como la filosofía de Epicuro en los dolientes de un grado superior, afinando y utilizando sus dolores para santificarlos y justificarlos. Nada hay más respetable en el cristianismo y en el budhismo que su maravilloso arte de enseñar, aún á las ínfimas criaturas humanas, la manera de elevarse por la piedad á un orden aparente de cosas sublimes, para que de este modo se resignen con el mundo real en el que llevan vida tan dura, dura, pero necesaria.

62. Mas por otro lado, hay que hacer la rebaja y poner en clara luz el peligro de las religiones: es horrible perjuicio, cuando las religiones, que debían ser medios de cultura y de educación en las manos del filósofo, se convierten en soberanas; cuando dejan de ser medios y se convierten en fines últimos.

Entre los hombres, como en toda especie animal, hay un exceso de enfermos, de degenerados, de débiles, de dolientes; los casos felices son una excepción; y en este sentido podría decirse que el hombre es un animal todavía no determinado, una excepción rara. Pero hay todavía una cosa peor: cuanto más elevado es el tipo del hombre, tanto menos es probable que *salga bien*: el acaso, la ley de lo irracional, se manifiestan de la forma más terrible en toda la economía del hombre, en el efecto destructivo que ejercen sobre los hombres superiores, en los cuales, las condiciones de vida son delicadas, múltiples y difícilmente calculables.

Ahora bien: ¿qué función asumen las religiones susodichas ante tal excedencia de casos abortivos? Tienden á conservarlos, á mantenerlos en vida, toman partido por ellos, se llaman á sí mismas religiones de los que sufren, dan la razón á todos aquellos para quienes la vida es una enfermedad, y querrian hacer falsos ó imposibles todos los demás modos de la vida. Mucho ha valido esta premura de compadecer y de conservar, en cuanto se ha extendido al tipo más elevado, y hasta ahora el más doliente de la humanidad. Pero todo compensado, las dos grandes religiones han sido las causas principales de mantener el tipo «hombre» á un grado muy bajo, conservando mucho de lo que estaba destinado á perecer. Débense á las mismas beneficios inestimables; porque ¿quién tendrá en sí tesoros bastantes de gratitud para no aparecer pobre ante lo que han trabajado por Europa los «hombres espirituales del cristianismo»? Y sin embargo, si consolaban á los desgraciados, si infundían valor á los desesperados y oprimidos, si daban el brazo á los que no podían caminar solos, si

atraían lejos del mundo á los conventos, á estas casas de corrección del alma, á todos los descontentos y naufragos de la sociedad humana, ¿qué más podían hacer para conservar todo lo enfermo y doliente, para contribuir al *deterioro de la raza europea*?

¡Debían necesariamente invertir todos los valores! Desterrar á los fuertes; amortiguar las grandes esperanzas; hacer sospechosa la felicidad de la belleza, convertir todo lo que hay de independiente, de viril; de conquistador y de dominador en el hombre, todos los instintos del tipo humano más elevado y mejor fundido, en incertidumbre, en vileza, en destrucción de sí mismo; transformar el amor á las cosas terrenas y á la dominación de las mismas en odio contra la tierra y contra todo lo terreno; he aquí la tarea que emprendió la Iglesia y que debía llevar á cabo hasta tanto que el deseo de sustraerse al mundo y á los sentidos se identificara con la idea de hombre superior. Si suponemos que el ojo burlón y sereno de un dios epicureo contemplase la comedia dolorosa, grosera y refinadora del cristianismo, creo que no acabaría de maravillarse y de reirse; le parecería que por espacio de diez y ocho siglos ha dominado en Europa una voluntad única, la de convertir al hombre en un *aborto sublime*. Pero quien dotado de necesidades opuestas y armado del divino cincel, se acercase á este producto degenerado y entristecido que se llama europeo cristiano (Pascal, por ejemplo), ¿no debería exclamar indignado, compadecido y espantado: «¡Oh necios, necios que os tenéis por piadosos! ¿qué habéis hecho? ¡No era este trabajo para vuestras manos! ¡Cómo me habéis afeado y destrozado la escultura más hermosa! ¿Qué habéis hecho?» He querido decir: el cristianismo es hasta el día de hoy la especie más funesta de la

exaltación de sí mismo. Hombres demasiado incultos y rudos para cincelar la estatua humana, hombres débiles é imprevisores, faltos de la necesaria abnegación para establecer la ley fundamental de que los abortivos deben perecer; hombres demasiado plebeyos para ver el insondable abismo que nos separa á uno de los otros; *tales* hombres, con su «igualdad ante Dios», han dirigido hasta el de hoy los destinos de la Europa, y han logrado formar una especie enana, una variedad ridícula, un animal de rebaño, bonachón, enfermo, mediocre, el moderno europeo...

## CAPITULO IV

## AFORISMOS É INTERMEDIOS

63. El que nació para maestro, no toma las cosas en serio, sino en cuanto se refieren á sus discípulos: ni aun se toma en serio á sí mismo.

64. «La ciencia por la ciencia» es el último lazo que nos tiende la moral para sujetarnos una vez más en sus redes.

65. El encanto del conocimiento sería muy pequeño si no hubiese en el camino tanto pudor.

65 *a.* Somos injustos para con Dios, pues no le permitimos pecar.

66. La tendencia á rebajarse, á dejarse robar, en-

gañar y explotar, ¿no sería el pudor de un Dios entre los hombres?

67. El amor á un solo ser es una barbarie, porque se ejerce con detrimento de todos los demás. Y también el amor de Dios.

68. «Esto hice», confiesa mi memoria. «No pude hacer esto», dice mi orgullo inexorable. Finalmente, la memoria cede.

69. Se ha mirado mal la vida si no se ha visto la mano que piadosamente mata.

70. Cuando se tiene carácter, hay en la vida un suceso típico que siempre se renueva.

71. El sabio *astrónomo*.—Mientras creas que los astros están por «encima de ti», no tendrás la mirada intuitiva.

72. Los hombres superiores no se hacen por la fuerza de sus sentimientos, sino por la duración de los mismos.

73. El que alcanza un ideal, le traspasa.

73 *a.* Hay pavos reales que esconden su cola, y en esto ponen su soberbia.

74. Un hombre de genio es insoportable si le faltan dos cosas: gratitud y pureza.

75. El grado y la especie de la sexualidad de un